

Premio Nacional de Dramaturgia México 2008

Obra: **VIAJE DE TRES**

Personajes

Yayo

Irma

Emilio

Shamán

Autor: Jorge Fábregas

teatron2001@yahoo.com.mx

El poder de la tele

SHAMÁN: Yo puedo curar el cáncer, yo puedo.

YAYO: Cuando uno oye algo así...

SHAMÁN: Hay miles de testimonios que confirman mi dicho. Digamos que son como clientes satisfechos.

YAYO: Cuando uno oye algo así...

SHAMÁN: Puedo encontrar la energía mala que está en el cuerpo. La encuentro y entonces la absorbo, ahora sí que soy como una aspiradora, una esponja de lo negativo.

YAYO: Cuando uno oye algo así...

SHAMÁN: El mal de las personas entra en mí y yo lo escupo, lo vomito. Muchas veces termino empapado en sangre, es mi sangre, y la del pacientito, la absorbo, la filtro y la escupo, para que no me vaya a dañar a mí, porque luego ¿a quién ayudo?

YAYO: Cuando uno oye algo así, y además sale en televisión, uno como que siente que tiene que ir ahí.

SHAMÁN: Miles vienen de todas partes para que los cure, es un don que dios me dio.

Ni modo que no los ayude. Soy un shamán, soy el Taita Marcelo. Taita es un título, viene siendo como el “maestro de shamanes”.

IRMA: Yo no vi ese programa, ni creo que el curandero ese pueda curar nada.

SHAMÁN: También curo las reumas, el mal de olor, el enfisema, la bronquitis, el empacho, las almorranas, torceduras varias, impactos, golpes, alergias, muina, agüitamiento, alzjaimer, dolor de cabeza, migraña, neuralgia, uñas enterradas y sida. El mal tiene una sola raíz que crece en los cuerpos.

IRMA: Pero de todas formas yo los acompañé. Además, hay que reconocerlo, el shamán tenía un trasero duro, bien formado; podía ver el contorno de sus nalgas aún

con los pantalones holgados que se ponía. *(Irma no es una conquistadora, al contrario. Siente pena, es tímida. Nos dice, y al decirnos, habla para sí misma)*

EMILIO: Son dos estados de distancia, Papá, y mucho de ese camino es por la sierra, nos vamos a tardar como dos días en llegar.

IRMA: Yo no pido mucho, he llegado a una edad en la que sé lo que quiero, bueno, aunque la edad no determina eso, conozco a muchos viejos que siguen sin ir al grano.

SHAMÁN: No cobro nada, si dios me dio este don, ni modo que yo le ponga precio.

YAYO: Salió en la televisión, uno tiene que ir para que le absorban la sangre mala.

Tengo que ir.

EMILIO: Estás loco, está lejísimos.

IRMA: He quitado lo accesorio de mi vida, lo secundario. Eso hace que las cosas estén más claras en mi cabeza.

EMILIO: A esos lugares van puros camiones de tercera, se suben todo tipo de personas sucias, hasta con gallinas y puercos. Es más peligroso ir que morirse aquí, podemos agarrar alguna enfermedad en el camino, nos pueden asaltar.

SHAMÁN: No me ofenda, no hay truco, con los asuntos de dios no hay trampa, está garantizado, le digo, miles pueden decirle que están curados porque entendieron, ni modo que mientan por mí, ni modo que dios mienta por mí.

EMILIO: No les dan mantenimiento a esos camiones, los corren con llantas desgastadísimas, hay choques y volcaduras a cada hora.

IRMA: Sé lo que quiero. Tal vez se oiga pretencioso, pero es al revés. Conozco mis limitantes, mis posibilidades, a eso me atengo, a nada más. Me sientan bien mis cincuenta.

EMILIO: Que te acompañe Nachita.

YAYO: Vale la pena el viaje. Está cerca de dios, lo dijeron en la tele.

IRMA: Viajar y conocer un lugar nuevo, además pagado como tiempo completo. No puse objeción.

EMILIO: Son caprichos, y uno tiene que sufrirlo, siempre ha sido así, no es justo, carajo.

Hablando del alma 1

IRMA: Gracias por darme la oportunidad, es que tengo un pacientito que está ya grande, no puede dormir a la intemperie. Quería ver si me podía ayudar para atenderlo unos turnos antes.

SHAMÁN: Me dijeron que eres enfermera, eso es difícil de ver por aquí, los doctores no vienen conmigo. Te invito una coca, enfermera.

IRMA: ¿Así, solita?

SHAMÁN: Como eres enfermera, pensé que no tomabas alcohol, ustedes dicen que es malo para el hígado.

IRMA: Mejor una cerveza, y ya que me hablas de tú, acompáñame con una, ¿no? Y qué, tú también curas, ¿no les dices a tus pacientes que no beban?

SHAMÁN: El verdadero mal está en otro lado.

IRMA: En el mal de ojo.

SHAMÁN: Ey, ahí puede estar, pero está más en el espíritu, y luego enferma al cuerpo.

IRMA: ¿Y tú curas cuerpos o almas?

SHAMÁN: Vienen pegadas las dos cosas. La gente se va contenta luego de estar conmigo. Tú eres científica, no has de creer nada de esto. Además tus chichis no son de una persona que tiene fe. No te pongas colorada. Están bonitas, se ven sabrosas, pero he aprendido que la forma del pecho de las personas, donde acunan su corazón, es lo que las hace creyentes o no. El que cree se cura más rápido. ¿No me crees, enfermera?

IRMA: No te creo nada, cuando empezamos el viaje pensé que veníamos con un estafador.

SHAMÁN: Yo no cobro nada.

IRMA: No, no te pongas a la defensiva, eso pensé antes de hacer el viaje, pero ahora, en serio, no sé que tienes, eres feo, no creo en los magos, pero desde que te vi en la tarde, te me hiciste muy simpático, es raro. No puedo dejar de verte, y nada más te vi tantito, no pienses que soy una buscona o algo así, no sé por qué te lo digo, como que siento confianza contigo; en serio que no sé por qué.

SHAMÁN: Somos almas parecidas, tu aura es cercana a la mía, lo puedo ver.

IRMA: Y... ¿de veras te gustaron?

SHAMÁN: ¿Qué?

IRMA: Pues eso... mis pechos.

En espera 1

EMILIO: No hay ningún autobús directo, hay que tomar tres camiones para llegar a ese pueblo rascuache, es demasiado.

YAYO: Ya, hombre, deja de quejarte, ya compramos los primeros boletos, y tú viste que no hay devoluciones.

EMILIO: Dígale que es peligroso para su salud, Irma.

YAYO: Por eso viene ella, me va a cuidar, ya déjame en paz, ladrón de gallinas.

IRMA: Silencio, parece que ya no tienen nada que decir, los conozco bien, el silencio es su mejor refugio, para no tener que ver uno con el otro.

YAYO: Todavía falta mucho para la salida. Voy al baño.

EMILIO: Llévate la botellita de alcohol.

YAYO: ¿Para qué?

EMILIO: ¿Cómo que para qué?, es una central camionera, tiene los baños más sucios, aquí defeca cualquiera, tienes que desinfectar lo que vayas a tocar.

YAYO: Cualquiera caga aquí, creo que hasta el Papa vino un día. No me tardo.

IRMA: Más silencio, también es el refugio entre nosotros, sólo se rompe con palabras de cortesía: “buenos días”, “buenas tardes” “¿cómo ve a mi papá?”, y cosas por el estilo, así llevamos años. Mejor, me da seguridad que sea así, tan seco y al mismo tiempo tan amable conmigo. Creo que está a punto de decirme algo ahorita mismo, hizo un ruidito con su garganta, lo puedo oír. Lo está intentando, es difícil para él decir algo más que cortesías banales.

EMILIO: Irma...

IRMA: Aquí viene.

EMILIO: No creo que sea lo más aconsejable hacer este viaje.

IRMA: Mire, yo también creo que no es lo mejor ir con una persona que de seguro es un charlatán, pero si eso hace sentir bien a su papá, no es malo. Don Yayo se la pasa sentado todo el día, en los camiones va a seguir sentado, así que será un cambio mínimo: pasar del sillón de la sala, al asiento de los autobuses, eso es todo.

IRMA: Sé que no está de acuerdo con lo que acaba de oír, sé que quiere hablar, pero no se atreve, no creo que diga más. Aquí se queda, suspirando su propia incapacidad para decir.

EMILIO: Qué momento tan incómodo, me contradijo. Ella se equivoca, pero ni modo que yo le siga diciendo que me parece una locura este viaje. ¿Qué pensaría de mí si se lo dijera nuevamente? Oh, un individuo le tiró las maletas a esa señora, la señora cae... su hijo, no lo sé, pero ese joven acaba de atrapar al individuo, se dicen groserías, alzan la voz, se juntan más personas entorno a ellos. Ahí está mi papá que viene de regreso del baño.

IRMA: Don Yayo se junta con las demás personas, está insultando al tipo que derribó a la señora, incluso quiere golpearlo...

EMILIO: Papá lanza uno, dos golpes, lo detiene el hijo, también intenta golpear al hijo. La señora desde el suelo le dice algo, papá insulta ahora a la señora. Lo detienen, forcejea con todos.

IRMA: Eesste... ¿no va a ayudar a su papá?

IRMA: Nada, pone su cara de ajeno a la realidad. Su mirada se desenfoca, no ve algo en particular, se recluye dentro de sí. Es su padre, lo están maltratando y él aquí, temeroso, patético, incapaz de entrar en escena.

YAYO: ¡Hijos de la chingada! ¡Sí, ustedes, cabrones! ¡Usted también, chingue a su madre, pinche vieja!

IRMA: Don Yayo, tranquilo, ya pasó, ya no les diga nada, le van a pegar otra vez, tranquilo.

YAYO: A mí no me pegaron, yo les pegué a ellos, ¿no viste, Irma?, le doble la cara al más joven, bola de maleducados incultos.

IRMA: Siéntese, don Yayo, alterarse así le hace mal, usted lo sabe.

YAYO: Yo vi cómo el imbécil ese empujó a la señora, no lo pude permitir, eso no se vale, la señora es una anciana. Y una cretina también, me reclamó que insultara a su hijo, nada más porque le dije que era un maricón que no protegía a su mamá. Y después ya todos la tomaron contra mí, como si yo hubiera tumbado a la señora. Son incultos, sin educación, cabrones legos.

IRMA: Ya, ya, siéntese, descanse. ¿Ya vio?, se le alteró el pulso ¿No le duele el agarrón que le dieron?

IRMA: Y aquí, Emilio, tragándose todo lo que le quiere decir a su papá.

EMILIO: Que se vayan, que se vayan, qué vergüenza, carajo, qué vergüenza. Ya se van,

ya se van. Ya se fueron. Ya se fueron.
IRMA: Tranquilo, don Yayo.

Robar gallinas 1

YAYO: Yo vi a Emilio con esas gallinas, las llevaba del cuello, apretándolas, quitándoles el aire. Yo estaba viéndolo desde la ventana del patio, él no me veía, le quise decir que las dejara, que no estaba bien eso de torturarlas, además, eran del vecino, un señor muy educado que se dedicaba a vender pollo. Después se le cayeron las gallinas, revolotearon de un lado a otro, y Emilio, siempre tan torpe, no podía agarrar ni siquiera una pluma. Luego de muchos intentos por agarrarlas, Emilio se dio por vencido, las gallinas lograron subirse a lo más alto de una barda. Entonces vi esa cara, esa actitud de mi hijo, la misma que le vi en el kinder cuando su maestra nos mandó llamar para que viéramos lo que hacía en las clases. Se quedaba ahí, parado, como ausente, mientras sus compañeritos hacían dibujos, jugaban a la plastilina o platicaban entre sí. Él se quedaba parado, largo, serio, ido, con la mirada perdida. Mi esposa se preocupó, se puso a llorar, yo me enojé, estaba pagando una escuela muy cara como para que el niño la desperdiciara así, me estaba tomando el pelo, vago desde chiquito. Cuando le vi la cara de perdido otra vez con las gallinas, ya no me enojé, también me asusté como su madre, algo tiene ese chamaco en la cabeza, es lo que pensé.

En el primer camioncito

IRMA: Ninguno ha tocado el tema de la pelea en la central. Seguramente será un hecho más que dejen de mencionar, que se quede suspendido sin mayor referencia o aclaración.

EMILIO: No deberían permitir que las personas entren mascando chicle a los camiones.

Todos los pegan en los asientos, en los respaldos, en las coderas, el piso. Es un asco.

YAYO: Imagínate, un inspector de chicles.

EMILIO: Es en serio, qué tal si el que pega un chicle está enfermo de tuberculosis, las bacterias permanecen vivas, y uno llega inocentemente, pensando que está en un camión limpio, no se da cuenta, toca el chicle con su mano, después se talla un ojo con esa misma mano, y ahí está, ya se contagió.

YAYO: He visto varios chicles pegados en el suelo, pero ninguno en mi asiento.

EMILIO: Si no estoy diciendo mentiras, hay un chicle negro de mugre justo aquí, donde naturalmente descansaría mi mano. Es un asco.

YAYO: Bueno, ya, te cambio el lugar.

EMILIO: No es necesario.

YAYO: Ándale, pásate para acá.

EMILIO: No, está bien.

YAYO: ¡Que te pases, cabrón! ¡No quiero estar oyendo tus quejidos todo el camino!

EMILIO: No grites, por favor, te están oyendo.

YAYO: ¡Muévete!

IRMA: Pásese ya, antes de que se altere más.

YAYO: Chicles, chicles, aquí no hay ningún chicle. Que no te dé miedo estar junto a Irma, no muerde.

IRMA: Esto ha sido muy bochornoso para él, que su padre alce así la voz y lo peor de todo, lo que dijo sobre mí, ahora está apenado, muy apenado, no sabe qué decir, qué hacer. Pobre, ¿tengo compasión de él?

IRMA: Acuérdesse que así es don Yayo. ¿No se sintió usted mal con lo que dijo?

EMILIO: No, no, así es él, no, es que, en serio hay un chicle ahí... hay un chicle...

pegado...negro...

IRMA: No agrega más. Ni yo tampoco.

EMILIO: Va muy rápido este chofer, ni alarma de velocidad tienen estos camiones; y de noche luego se quedan dormidos. Alguien tendría que decirle algo. A ver si no nos volteamos.

IRMA: ¿No se puede dormir?

EMILIO: ¿Eh?

IRMA: Yo tampoco, nunca me he podido dormir en los camiones. Como que tengo que estar consciente del camino que toma, no sé por qué, pero siento que si me duermo, vamos a llegar a otro lado. Qué tontería, ¿no?

IRMA: No sabe qué responder, no sabe iniciar ni mantener una conversación normal.

IRMA: Traje una botellita, esto nos puede ayudar a dormir, ¿quiere un trago?

EMILIO: Eh, no, no gracias.

IRMA: Sabe bien, no está tan fuerte.

EMILIO: Me está ofreciendo la botella en la que ella misma está tomando.

IRMA: Un trago nada más.

IRMA: Lo abrumé demasiado, no puede negarse. Disimula, quiere que no me dé cuenta que está limpiando con su camisa la botella.

EMILIO: Sí está muy fuerte, ¿aguardiente?, no sé, pero es algo corriente.

IRMA: Verá que con eso uno puede conciliar el sueño, o al menos relajarse. Tome un poco más, vamos, le va a hacer bien.

EMILIO: Ha de estar prohibido beber en un camión.

IRMA: Creo que es usted muy bueno en acompañar a su papá.

EMILIO: Como cualquier hijo.

IRMA: Usted sabe que no, por ejemplo, su hermana Ignacia, casi no visita a su papá.

EMILIO: Está hablando de Nachita, eso es un tema familiar, es personal.

IRMA: Si viera el grado de crueldad al que llegan algunas familias con sus enfermos. Y no es que los maltraten así como pegarles o dejarlos sin comer, más bien los ignoran en vida, y hacen planes frente a ellos como si ya estuvieran muertos.

EMILIO: Yo al contrario. Hasta viajo con él en camiones como este.

IRMA: Sí, yo lo he visto, por eso le digo que es algo bueno que usted tiene.

EMILIO: Aunque si me atreviera, no sé, tal vez ya me hubiera ido lejos de él. Pero no soy capaz de hacer ese tipo de cosas, no, yo no. Tengo que soportar las ofensas de mi papá, porque no me atrevo a decirle que no. Tal vez soy bueno, como dice la enfermera, o tal vez no, si me atreviera a irme, creo que no sería tan bueno.

IRMA: ¿Un trago más?

EMILIO: Me mareo.

IRMA: Ándele, que lo he visto que usted casi ni bebe, esto le va a dar sueño, va a poder dormir.

EMILIO: Es inevitable, tener una enfermera de planta en casa ha hecho que se involucre en nuestras vidas. Ya son más de cuatro años que convive con nosotros, conoce toda nuestra rutina, y yo la suya como enfermera. Irma me cae bien, ya nos acostumbramos a ella, pero tenemos que cuidarnos. Le voy a decir a mi papá que no diga indiscreciones frente a ella.

IRMA: No sé si haya entendido mis palabras. No sé por qué, pero ahora desearía que me abrazara y me diera un beso, nada sexual, simple proximidad, este tequila y recordar la miseria de algunas personas me dejó sensible, vulnerable. Volvió a limpiar la botella.

EMILIO: Ya me estoy sintiendo mareado.

IRMA: Movimiento sutil, directo, lo necesito de verdad.

EMILIO: Me acaba de besar. ¿Qué fue eso? ¿Por qué?

IRMA: Me arrepiento, me arrepiento, soy una tonta, me dejé llevar por mi propia debilidad. Calla, se quedó mudo otra vez. Ni una respuesta, eso me hace sentir más mal, ridícula. Yo misma dije que el tequila ayudaba a dormir, es hora de cerrar los ojos.

EMILIO: Ya lo había pensado, le gusto a la enfermera. Claro, me ve distinto, de otra clase, una forma para escalar posiciones sociales ¿qué hago? Ya se quedó dormida. ¿estaría limpia su boca? Si escupo aquí en mi pañuelo como si me estuviera secando nadie se va a dar cuenta, así no van a entrar las bacterias si es que está enferma de algo. Me besó, sus labios son suaves, increíblemente suaves para su edad, bueno, ni modo que se endurezcan los labios con el paso del tiempo, no puede ser, ¿o sí?, los suyos son suaves, muy suaves, tibios.

Conocer el dolor

IRMA: Está sabroso el pollo.

EMILIO: Correoso, yo digo que lo tenían congelado de mucho tiempo y así lo sirvieron.

YAYO: ¿Ya viste este merendero? ¿Tú crees que tienen congeladores?, no, este pollo está viejo, no congelado.

IRMA: Es que, digo, luego de viajar toda la noche como que hace hambre ¿no?

YAYO: Yo dormí todo el viaje, ni lo noté. ¿Ustedes durmieron?

IRMA: Yo sí.

IRMA: Yo cerré los ojos, pero no dormí ni un minuto por la pena. Él tampoco durmió nada, lo sé.

YAYO: ¿Te sigue doliendo la panza?

EMILIO: Estómago, se oye mejor.

YAYO: Si te duele da igual cómo le digas.

EMILIO: Sí me duele.

IRMA: Es la falta de alimento, ya le dije, tiene que comer algo, está creando muchos ácidos.

EMILIO: No puedo comer este pollo, se ve que lo congelaron, yo lo sé.

YAYO: Ah cómo chingas con eso.

EMILIO: ¿Por qué tiene que hablar así? Y además alza la voz cada vez que dice groserías.

IRMA: Si no come, al menos tómese un antiácido.

EMILIO: No, gracias, no es necesario. El enfermo es mi papá.

YAYO: Gracias por recordármelo, pero no hace falta, todo el día sé que estoy enfermo, vivo con esto.

IRMA: No diga eso, don Yayo.

YAYO: No, si no me importa tanto, no me pongo a llorar, sólo sé que estoy enfermo, así vivo, no pierdo conciencia de eso, es raro, pero así es, es como si tuviera algo encima todo el tiempo de lo que no me puedo olvidar.

IRMA: ¿Cómo una pena o algo así?

YAYO: No, es como una nueva personalidad, desde que supe que estaba enfermo, me puedo olvidar de cualquier cosa: de mis medicinas, de ir al baño, de dormir a cierta hora, pero mi enfermedad no se me olvida para nada. Cada cosa que hago, hasta dormir la hago consciente de mi enfermedad. No es que me ponga triste, es sólo que soy alguien nuevo con esta enfermedad, tengo ya cinco años siendo este güey distinto al que siempre fui. Qué mariguanada, ¿edá?

IRMA: Lo bueno es que no se pone triste por tenerla, eso le daría estrés y no lo necesita.

YAYO: El único estrés me lo da este cabezón de Emilio.

EMILIO: Ya, papá, por favor. No empieces, que en serio que me está doliendo el estómago, y mucho.

YAYO: Es sólo un gas, no hagas dramas.

EMILIO: Por favor, ahora no.

IRMA: Tenemos que subir al camión, ¿puede viajar?

EMILIO: Sí, hay que llevar a don Yayo con el mago, eso es lo que importa.

YAYO: No, si no quieres, ya no vas. Hubiera venido mejor Nachita, es menos niña que tú.

EMILIO: Bueno, ya, vámonos al camión, no quiero oír más esas tonterías.

IRMA: Tómese primero un antiácido, para que viaje más cómodo.

IRMA: Está enojado, camina decididamente hacia el camión, lo seguimos, no le aguantamos el paso. Una escena más de la batalla de padre e hijo; he presenciado muchas como esta. Ninguno gana, los dos se quedan con resentimiento, refunfuñando mentalmente contra el otro. Don Yayo a veces habla más y sigue molestando, pero Emilio ya no dice nada, se guarda todo el coraje. ¿Lo hará por respeto a su padre?

YAYO: Huy, este camión está más puerco que el otro, a ver si la princesita no se empieza a quejar porque hay chicles pegados con bacterias asesinas.

IRMA: Don Yayo, por favor, su estrés.

IRMA: He aquí la última bomba del viejo en esta batalla. Los dos callados. Mejor, me gustaría poder dormir, estoy cansada.

EMILIO: Claro, hubiera venido Nachita, sí, cómo no, si a ella ni le importa mi papá, y cómo le iba a importar si es así, como es, tan grosero, tan ofensivo. Sí que me está doliendo la panza, es por los corajes, seguro que es por eso. Gracias, papá. A ellos no les importa que me duela, ya se durmieron, ¿y el beso? ¿De verdad estará interesada en mí? Seguro estaba ebria. Me duele, me duele, me duele. ¿Qué fue eso?, una punzada en el pecho, esto no es del estómago, es el corazón, el dolor me atraviesa hasta la espalda, es el pecho, carajo... no puedo respirar bien, estoy sudando, ¡me está dando un ataque al

corazón!, me voy a morir en este camión de quinta, eso es algo que va contra las planes de mi muerte, es indigno... qué podría esperarse de mí, si nunca me sale nada de lo que quiero; pero ya estoy aquí, todo lo que quise evitar me falló, estoy muriéndome sin honores... duele... tengo que decirles que me ayuden, estoy viajando con una enfermera, ella podrá hacer algo, tengo que decirle, pero... no me atrevo a despertarla... duele...

IRMA: Trato de dormir, pero Emilio está muy inquieto, se mueve de un lado a otro, golpea la codera, el respaldo, resopla, es un fastidio.

IRMA: ¿Le está doliendo más?

EMILIO: Es un ataque al corazón.

IRMA: No, déjeme ver, déjeme ver, es sólo gastritis, le voy a tomar la presión, está sudando, tranquilícese.

YAYO: ¿Qué pasó?, ¿sigue con dolor?

EMILIO: Me estoy muriendo, papá.

YAYO: No seas llorón, ¿tienes un dolor de muerte?

EMILIO: Me duele mucho.

YAYO: No, digo si te está doliendo como de muerte, o si es un dolor duro, pero como que se va a ir pronto.

EMILIO: Me duele, es lo único que te puedo decir, y mucho.

YAYO: Yo soy perfectamente capaz de distinguir los dolores, cuando me desmayé la primera vez por el cáncer, sentí un dolor de muerte, fue cuando tuve lo de la hemorragia. Después he tenido otros dolores, tal vez más fuertes, pero no de muerte. Por ejemplo, a veces me duele el pecho, me baja a la panza, me sube a la espalda y luego llega hasta el culo, ése sí que es un dolor fuerte, pero cuando me da, sé que no es de peligro, sólo hay que aguantarse. También tengo otro dolor, como si un desgraciado

estuviera dentro de mí y me pellizcará las tripas, ese es horrible, muy cabrón, pero es sólo un pedo atorado. Ya me la sé, por eso no me asusto.

IRMA: Tiene la presión muy alta, puede ser sólo por el susto del dolor de la gastritis.

EMILIO: ¿Y la dificultad para respirar?, ¿Y el sudor? ¿La opresión en el pecho?

IRMA: Tendremos que bajar, hace unos minutos paramos en un pueblito, tal vez haya una clínica allí. Le voy a decir al chofer que se regrese.

EMILIO: No, qué pena, no lo haga, Irma, ¿para qué molestarlo?

IRMA: Es lo más indicado, puede ser algo más que gastritis, tenemos que estar seguros, ni modo.

Hablando sobre el alma 2

IRMA: El shamán ese, además de nalgas bien perfiladas, tenía una sonrisa, una mirada, no sé, tal vez sí era carisma, magnetismo, no sé. En Los Coras bebí como no lo hacía desde la escuela.

SHAMÁN: Siéntate, vamos a seguir platicando.

IRMA: Es que esa canción me gusta mucho. ¿Bailas?

SHAMÁN: Bailo raro.

IRMA: Sí que bailaba raro el shamán, se paró y dio algunos pasos él solito, como si siguiera un ritmo nada más para él. Luego me abrazó, me pisó dos veces, y medio me condujo por la pista de baile... me hubiera dado vergüenza si hubiéramos estado en cualquier otro lugar.

SHAMÁN: Es suficiente.

IRMA: ¿Haces ejercicio, verdad? Tienes músculos muy fuertes en la espalda.

SHAMÁN: He ordeñado vacas toda mi vida, soy hombre de campo.

IRMA: ¿Y cuándo te diste cuenta que podías curar a las personas?

SHAMÁN: Una vez que me pateó una mula. Dejé a mi cuerpo tirado en el forraje, y me fui a volar con los pajaritos de los árboles, a cantar, pié muy bonito allá arriba. Desde las ramas vi a mi cuerpo tirado, y ahí fue como si hubiera ido a la escuela y me hubiera tocado un buen maestro que me explicó todo. Entendí todo.

IRMA: ¿Todo qué?

SHAMÁN: Tu risa, que es bonita, la vida, toda.

IRMA: Y empezaste a curar enfermedades.

SHAMÁN: Es que eso de las enfermedades es para los doctores, yo dije en la tele que curo enfermedades, pero yo me dirijo al espíritu con ayuda de dios y así ellos mismos curan sus cuerpos si quieren, ya eso no me toca decidirlo a mí. Cada quien con su cuerpo hace lo que quiere.

IRMA: Ay, sí, tienes unas manotas muy fuertes también. Se ve que ordeñar vacas es muy buen ejercicio.

SHAMÁN: También es algo del espíritu. Hay que tener fuerza, pero también hay que ser sensible, la leche sale mejor si se es gentil con las ubres.

IRMA: Entonces sabes acariciar con gentileza.

En una clínica de pueblo

IRMA: Yo creo que ya no llegó el doctor.

YAYO: Si hubiera sido ataque al corazón éste estaría bien muerto.

EMILIO: No digas eso, papá, ¿no ves que estoy sufriendo?

IRMA: La presión ya se estabilizó, le duele menos, ¿verdad?

EMILIO: ¿Cree que estaba mintiendo?

IRMA: No dije eso, sólo digo que el dolor de gastritis puede ser así de intenso.

EMILIO: De verdad, sentí que me estaba muriendo.

YAYO: Que te sirva de lección, hijito, hay dolores que anuncian la muerte, pero eso que sentiste en el camión, aunque haya sido feo, era sólo un gas.

EMILIO: Serás muy sabio, Papá, muy sabio.

YAYO: No, pero sé cuando hay que preocuparse y cuando no.

IRMA: Bueno, tal vez sí llegue el doctor, el muchacho que fue por él dijo que a veces da consulta en la noche.

EMILIO: ¿Lo fueron a despertar?

YAYO: No, seguramente estaba jugando futbol o contando las estrellas a las tres de la madrugada.

EMILIO: Estoy llamando la atención, cambié la ruta del autobús, nos bajamos en esta espantosa ranchería, y ahora voy a despertar a una persona que ni conozco, ese doctor va a pensar que soy un llorón o un loco.

EMILIO: Vámonos.

IRMA: Hay que esperar al doctor.

EMILIO: Ya estoy mejor, no me duele mucho.

YAYO: Mira todo lo que hiciste, ni modo que ahora nos vayamos así nomás. No, ahora esperamos al doctor.

EMILIO: Vámonos.

YAYO: ¿A dónde vas?

EMILIO: A la parada de los camiones, podemos alcanzar el que sigue a las cinco de la mañana.

YAYO: No te vas.

EMILIO: Ya me voy.

En otro sucio camión

EMILIO: Ya me duelen las nalgas de estar sentado... de pronto me dan punzadas en el corazón, tal vez sí me dio un ataque de esos que no son tan fuertes, pero igual y uno se muere a los dos días, ¿y si me muero?... no, tengo que pensar otra cosa, en mis nalgas, sí, en mis nalgas, hemos viajado muchas horas y estos asientos ya no tienen nada de cojín, ni de resortes, por eso me duelen... ¿y si me dio un trombo?, las hemorroides son trombos... no, no, le cambio de pensamiento: a cantar, sí, la de cielito lindo: ay, ay, ay, ay, ¡canta y no llores!, porque cantando se alegra... esa canción le gustaba a mamá, ¿y si es de mala suerte cantarla?... Otra, otra, otra, una inocente, una de Cri Cri: allá en la fuente había un chorrillo, se hacía grandote... híjoles este chofer agarra las curvas como si estuviera jugando, es un muchachito, un adolescente, un irresponsable al que no le va a importar matarnos a todos, podríamos salir volando por el pasillo, a papá se le reventaría la cabeza, Irma me lloraría, y yo sufriría mucho, con el infarto que me dio estaría muy débil cuando llegara al hospital, tendría varios trombos más y moriría... no, no... ¡porque cantando se alegra cielito lindo, los corazones!... Allá en la fuente...

YAYO: Ya estoy apestando otra vez. El taita Marcelo tal vez me va a ver con asco, pero sí cura a tantas personas, ni modo que sea yo el único apestoso.

IRMA: Estoy con lo mismo, tengo que estar despierta para que el conductor no nos lleve a otro lado. Ni siquiera sé a dónde vamos, pero tengo que estar despierta para cuidar el camino, no lo puedo evitar. Podría hablar con Emilio, pero sigue estando muy inquieto, de seguro nada quiere saber del beso que le di, fue un error, me sigue dando pena lo que hice, y más por su actitud, no me dio ninguna respuesta. Ninguna.

Caminar en Las Piedras

IRMA: Nos dijeron que la casa del shamán estaba en el pueblo de Las Piedras, estamos caminando desde hace dos horas y la brecha no termina, sólo se ve campo. Don Yayo

camina como si nada, empolvándose la ropa y los zapatos. Me duelen los pies.

EMILIO: Les digo que ya nos equivocamos, agarramos mal el camino, era para el otro lado; les dije.

YAYO: Tú fuiste el que dijo que este era el camino.

EMILIO: Porque nos lo dijo el indio ese que vimos. ¿Me vas a echar la culpa de lo que dijo otro?

YAYO: La cosa es que todos quedamos en caminar por aquí, tú también, así que no nos echas la culpa, si estamos juntos en esto, todos tenemos la culpa, todos somos unos pendejos, y eso te incluye.

EMILIO: Yo nada más le hice caso al indio, no puedes decir que yo fallé. Me estás echando la culpa de todo desde que iniciamos el viaje.

YAYO: Discúlpame, pero yo no retrasé el viaje cuando me puse a llorar en el camión en la madrugada, yo tampoco me fui antes de que el doctor te atendiera, y yo tampoco me robé esas gallinas.

EMILIO: Ya te dije que yo no me las robé, te lo he repetido mil veces, sigues culpándome de todo. Si no asumes tu propia responsabilidad no vas a lograr nada.

YAYO: ¿Quién dice eso?

EMILIO: Lo oí en el programa de radio, no hay que ser víctima, hay que actuar, así dijeron, y si me culpas, pues, eres víctima.

YAYO: La única víctima aquí eres tú, te quejas de todo.

IRMA: Miren, hacia allá se ve la torre de una iglesia.

YAYO: Hay que caminar un poco más.

IRMA: Esto está lleno de piedras, de seguro era un río, o una laguna que ya se secó. Por eso se llama "Las Piedras", es lógico, ¿no?

YAYO: Es pintoresco, pobre, pero pintoresco.

EMILIO: Es un pueblucho horrible, no tiene nada de gracia.

YAYO: Se supone que la casa del Taita Marcelo está al final del pueblo.

EMILIO: En tres pasos llegamos, esto ni siquiera es un pueblo.

YAYO: ¿Qué es entonces?, hay personas, hay casas, viven familias, ¿qué es entonces, sabelotodo?

EMILIO: Un caserío, nada más, un asentamiento de diez casas, eso no hace a un pueblo.

YAYO: Yo veo como veinte, ¿eso sí hace a un pueblo?

IRMA: Se atacan; cada uno busca que el otro quede mal de alguna forma, no importa que sea con datos estúpidos, parecen matrimonio viejo, picándose, punzándose cuando hay oportunidad; a mí no me engañan, lo disfrutan, es su juego, es lo que mantiene sus mentes activas, si se quitaran el desprecio ya no tendrían nada que ver con el otro, nada que decir. Una se harta de ser espectadora de este juego.

IRMA: Ahí es, donde están las letras grandes, no hay pierde.

EMILIO: Hay mucha gente, muchos lisiados, humildes, sucios, enfermos. Esto es un foco de infección, me voy a enfermar. ¿Para qué vinimos?, papá tiene baja sus defensas, esto lo va a matar. Hay que regresarnos.

EMILIO: Hay mucha gente, demasiada...

YAYO: Y todos vienen con el Taita Marcelo, se ve que es muy bueno, muy milagroso.

EMILIO: Está lleno...

IRMA: No sé donde empieza y donde termina la fila para entrar.

EMILIO: Está todo muy sucio, apesta...

YAYO: Lo encontramos, llegamos hasta el fin del mundo, pero llegamos, es verdad lo que dijeron en la televisión, está curando a cientos de personas.

EMILIO: ¿Y si nos regresamos?

YAYO: ¿Estás loco? Ya estamos aquí.

EMILIO: Esto es insalubre, papá ¿no le parece, Irma?

IRMA: Sí, está sucio... pero, por lo menos hay que ver que nos atiendan rápido, tenemos desinfectante para el agua y alcohol en gel para las manos, si somos cuidadosos no habrá problema.

YAYO: Ya estamos aquí, eso es lo que importa.

IRMA: Vamos a esa sombra, le ha dado mucho el sol, don Yayo.

EMILIO: Me duele la cabeza.

YAYO: No vayas a empezar con que te está dando un derrame cerebral o que los gusanos te están comiendo las neuronas y que te vas a morir ¿eh?

EMILIO: No es gracioso tu chiste, ¿eh?

IRMA: Tengo que moverme, lograr que nos atiendan lo antes posible, esto es una locura, está llenísimo. Si yo no hago algo, aquí nos vamos a quedar toda la vida sin que nos atiendan.

IRMA: Voy a ver cómo se le puede hacer para ver al shamán, tiene que haber alguien que organice esto.

EMILIO: Perfecto, ya me quedé sólo con papá, a ver qué me dice ahora. Eso de los gusanos sí que es una estupidez, aunque, existen los cisticercos, esos te comen el cerebro... ¿sabrá algo papá?, ¿me habrá dado alguna vez carne de cerdo contaminada? Tal vez lo sabe, y venimos aquí porque el que se está muriendo soy yo con toda esa carne de cerdo infectada, ¿cómo es posible que haya sido tan irresponsable? No, no puede ser, más bien tengo un derrame...

IRMA: Están más organizados de lo que parece, saqué una ficha, una señora las está dando, grita cada vez que toca el turno siguiente, tenemos el turno ochocientos, van en el seiscientos cincuenta y tres, se supone que se tarda una hora con cada turno, así que si le hacemos caso a los turnos vamos a estar aquí varios días.

EMILIO: Vámonos ya, necesitamos un doctor.

IRMA: ¿Le duele otra vez el estómago?

EMILIO: No, ahora es mi cabeza.

YAYO: Vamos a ver cómo le hacemos, pero el Taita ese me va a atender. Hay que esperar, a lo mejor otros se cansan y se van, no ha de ser tan difícil, sino, no habría tantas personas. Hay que ver dónde podemos pasar la noche.

IRMA: Ya pregunté, todas las casas están llenas con la gente que viene con el shamán, no hay nada más.

EMILIO: ¿No hay hotel?

IRMA: Nada, sólo un restaurantito que, según me dijeron, en las noches se convierte en un salón de baile, se llama Los Coras.

EMILIO: Vámonos.

YAYO: Bueno, aquí bajo este árbol hay un poco de pastito, las noches no están tan frías, podemos dormir aquí, será como un campamento.

EMILIO: ¿Estás loco?, estamos en la intemperie, en la noche pueden salir todo tipo de animales... nos pueden robar.

YAYO. Hasta aquí llegamos, no nos vamos a ir sin verlo. Si quieres tú sí te puedes ir, en serio, Emilio, no hay problema, vete, de veras.

EMILIO: ¿Cómo me voy a ir solo? Está oscureciendo.

IRMA: Así está mejor, si sólo hablan para lastimarse, mejor que callen.

En lo oscuro

YAYO: No hace tanto frío, lo sentiría en las cicatrices de mis operaciones. A veces cuando entiendo que ya me voy a morir, deseo que pase alguna tragedia grande, que caiga un cometa y que mate a todos, a mí también, así ya no estaría en desventaja ante el

resto, moriríamos de la misma causa, ya no sería el enfermo terminal, estaríamos parejos, todos, señoras, jóvenes, niños y viejos, todos. Otras veces ante la muerte he jurado portarme bien, reparar todo el mal que he hecho, me siento como un criminal que es condenado por ese dios que a algunos nos pudre por dentro y que deja que otros vayan caminando por ahí, presumiendo sus niveles de colesterol y de antígenos en regla. A mí me encantaría ser uno de esos huevones sanos, uno de esos asesinos sanos, uno de esos ladrones sanos. He trabajado toda mi vida y ahora tengo que mantenerme tranquilito, sin estrés, comer ensaladas y vegetales asquerosos, descansar como un bebé, purificar mis pensamientos, al carajo. Ante la muerte puedo ser de muchas maneras, pero todas son malas.

IRMA: Ya lo he visto así otras veces, débil, perdido, no sé...

YAYO: Y otras veces, ante la muerte, no quiero asumir nada, pensar nada, sólo abrazar a alguien, sentir en este momento, sin pasado, sin futuro, sólo este momento. A la mierda con todo lo demás.

IRMA: Vulnerable, esa es la palabra, y me desarma, no puedo hacer otra cosa, lo juro, que sentarme junto a él y abrazarlo. No decirle nada, nada, sólo estar con él y sentir lo débiles que somos, porque su sentimiento me alcanza, somos lo mismo, este cuerpo está bien, pero cuál es la diferencia entre el mío y el de él, ¿sólo unos años?

EMILIO: Me creen dormido, sé que se están besando, que se abrazan, se acarician. ¿No estaba enamorada de mí, Irma?, y mi papá, ¿dónde le guarda el respeto a mi madre? Esto es un escándalo, debería levantarme y patearlos a los dos, o al menos decirles que esto es intolerable, que lo hagan en privado, no conmigo al lado, no con tanta gente que está durmiendo por aquí y que los puede ver. Debería irme a casa, así, en la noche, que entiendan que eso que hacen es malo, que entiendan que es inmoral. Debería decirle a Irma que no es de buena gente eso de traicionar a los demás, de ser infiel, porque ella

me besó, yo no le pedí ningún beso, fue ella. Debería hacer muchas cosas.

Robar gallinas 2

YAYO: El vecino vino a la cremería preguntando por sus gallinas, le dije que estaba loco, y que fuera a chingar a su madre, porque en mi casa no había ladrones. Me quedé callado, no le dije ni a Inés lo que había visto que hizo Emilio con las gallinas. Pasaron como dos o tres años, entonces se enfermó Inés, sabía que mis hijos se iban a quedar sin mamá y yo no quería que eso los traumara tanto que hasta pensarán en suicidarse o en hacer algo igual de horrible; estaba preocupado, pues, y más porque había visto a Emilio con lo de las gallinas, esa cara de ausencia, de confusión total, sabía que el muchacho era débil y que un golpe como el de la muerte de su madre podía acabar con él. Por eso decidí encararlo, hablar sobre las gallinas.

YAYO: ¿Para qué te robaste a las gallinas?

EMILIO: ¿Cuáles gallinas?

YAYO: ¿Qué querías hacer con ellas?

EMILIO: ¿Cuáles gallinas?

YAYO: ¿Cuándo te quedas así, con la mirada perdida, en qué piensas? ¿Piensas en algo?

EMILIO: No se de qué estás hablando.

YAYO: Nunca ha admitido lo de las gallinas. Yo he seguido insistiendo en lo mismo, llevo años preguntádoselo, y él lleva años haciéndose el que no sabe nada de nada. Y le sigo pregunte y pregunte, porque estoy seguro que si me contesta, que si me explica lo que pasó esa vez, que si reconoce que se queda con la mirada en blanco, entonces va a ser más fuerte, y va a entender por qué es como es, por qué se quedaba como un arbolito mudo parado en medio de su clase del kinder. Se enoja porque lo chingo con lo

de las gallinas, pero es por su bien.

Mañanita en Las Piedras

YAYO: Ándale, Emilio, éntrale a las gorditas que trajo Irma, están buenas, grasosas, pero muy limpias.

EMILIO: No deberías de comer eso.

IRMA: Por un día no le pasa nada, además no había nada más en Los Coras. Coma, tiene que desayunar.

EMILIO: No, gracias.

YAYO: ¿Y siempre sí te vas a ir?

EMILIO: No sé.

YAYO: Yo creo que ya te quedaste.

IRMA: Voy a ver si el shamán nos puede atender ahora en la mañana para irnos hoy mismo.

YAYO: Quédate, hijo, vas a ver que no nos vamos a tardar.

EMILIO: No sé. Voy a ver qué puedo desayunar.

IRMA: Fuera de Los Coras no hay nada.

EMILIO: Voy a ver.

EMILIO: Debí de irme en la noche, pero podía ser muy peligroso. No dormí nada, ¿y cómo? ¿Quién puede dormir en la tierra? ¿Quién puede dormir junto a su padre fornicando? Aquella vez que entré al cuarto de papá en la mañana y que Irma estaba despeinada, sentada en la misma cama, esa vez de seguro también lo hicieron, ¿cuántas otras veces lo habrán hecho ahí, en la recámara que tiene el retrato más grande de mamá de toda la casa?, y yo en el cuarto de al lado, pensando que una enfermera estaba cumpliendo con su trabajo. Esto cada vez se pone peor, ojalá que ya lo atiendan y que

nos podamos ir, que se acabe todo este caprichito de una vez. Cuanta inmundicia hay por aquí. Y el shamán ese dice que no cobra, pero ese letrerote de “se aceptan donativos” es lo que más se distingue, y la gente llega con fajos de billetes, y no acaban, ni la gente, ni los billetes. Mejor para él que no cobre, así gana más. Ojalá que no haya nadie aquí que nos pueda reconocer, sería una vergüenza tratar de dar explicaciones, aunque se ve pura gente humilde, gente de campo, de pueblos, no sé de dónde consiguen tanto dinero estos miserables.

Hablando sobre el alma 3

IRMA: No sé por qué, pero podría besarte otra vez.

SHAMÁN: Es la conexión que tenemos, ya te lo dije. Tus labios saben a mujer fuerte, mujer sana.

IRMA: Tú sabes a cerveza, nada más, pero me gusta.

SHAMÁN: La cerveza es buena, si estamos aquí, pegados a la tierra, hay que disfrutar lo que nos da; y si lo hacemos sin desesperarnos, sin veneno en la conciencia, todo cae bien. Tus pechos me caerían muy bien ahora mismo.

IRMA: ¿Podrías atender a mi paciente? En serio, ya está muy cansado.

SHAMÁN: Mañana será el primero.

IRMA: Gracias.

SHAMÁN: Vamos.

IRMA: ¿A dónde?

SHAMÁN: A donde te pueda besar más, mucho más.

IRMA: Vamos.

En espera 2

EMILIO: Que vieja tan entrometida, ¿qué le importa lo que siento? Pero ahí me tienen,

tratando de ser amable con la que da las fichas para ver al brujo ese, ¿que cuál era mi experiencia con lo del cáncer de mi papá?, le tuve que contestar: tengo miedo, estoy estresado, siento que el mundo se me acaba, es demasiada presión, demasiada carga para uno que no se lo merece. He perdido cabello y unos siete kilos y quisiera huir aventarme por un acantilado. Le dije todo eso, no sé por qué pero me confesé ante ella y la cretina me pregunta: “Ah, ¿entonces usted es el enfermo?” Vaya idiota, no me quiso dar ninguna ficha más, así que tenemos el mismo turno, nos atenderán en unos dos días, y Yayo que sigue terco en quedarse.

EMILIO: ¿Dónde está Irma?

YAYO: Sigue allá, intentando que nos atiendan antes.

EMILIO: No va a poder lograr nada, esa gente no entiende.

YAYO: Pues vino una mujer a decirnos que el Taita Marcelo estaba interesado en hablar con ella, que porque es enfermera y quería compartir experiencias médicas.

IRMA: Don Yayo, creo que lo logré, vi al shamán hace ratito y me dijo que estaba interesado en hablar conmigo, tiene tiempo hoy en la noche en Los Coras. Yo creo que lo más que vamos a esperar para que lo atiendan será hasta mañana.

EMILIO: ¡Otra noche en el suelo!

YAYO: No le hace, pensé que iban a ser más.

IRMA: Bueno, no hay nada seguro, pero voy a tratar de hacerlo entender que usted no puede pasar más tiempo así, sin donde dormir.

IRMA: ¿Qué me pasa? Estoy muy emocionada, voy a ver al shamán hoy en la noche y me siento... excitada, como si fuera a una cita y yo tuviera quince años. Es una locura, el señor ese es horrible, pero, no sé, en serio que no sé qué pasó, me vio, sólo me dijo unas palabras: “me gustaría verla en la noche, enfermera”, algo así, y yo como una estúpida, sintiendo adrenalina en el estómago, sensible al latido de mi corazón que me

retumbaba el pecho y me llegaba hasta el cuello, la boca. Qué tipo, casi no parece hombre, digo, humano, porque es muy animal, como muy salvaje, no sé, cuando le di la mano, sus dedos me llegaron hasta la muñeca. Es increíble, estoy como loca ¿Habrá algún lugar donde pueda lavarme aunque sea un poco? Debo parecer una bruja, una ruina.

IRMA: Lo voy a intentar, ojalá que tenga suerte.

EMILIO: Se fue.

YAYO: Déjala, a ti también te conviene que consiga la cita antes. Ayúdame, por favor, creo que tengo una cortada en un codo, échame agua.

EMILIO: ¿Qué te pasó?

YAYO: Me corté, ¿no estás viendo?

EMILIO: Sí, ¿pero con qué?

YAYO: De tanto estar aquí en el suelo, está lleno de piedras.

EMILIO: ¿Por qué no pusiste la chamarra para no lastimarte?

YAYO: ¿Y que se arruine?, no tengo tanto dinero, fíjate. Prefiero sacarme un poco de sangre, que al cabo que la piel se arregla sola, en cambio, remendar la chamarra me sale muy caro, y no queda tan bien.

EMILIO: Siempre fuiste así, en toda la secundaria no estrené nada de ropa, porque según tú ya tenía el cuerpo bastante crecido como para heredar tu ropa vieja.

YAYO: Era de muy buena calidad, eras el único niño que iba a la secundaria con pantalones de casimir.

EMILIO: ¡Con bastillas de tres metros! Además picaban mucho, eran horribles.

YAYO: Tu mamá te los dejaba como nuevos, era muy buena costurera.

EMILIO: Hacía milagros, pero nunca logró que me gustara tu ropa.

YAYO: Tu ropa, dirás. Todavía tienes un suéter que te heredé, y está como nuevo.

EMILIO: Lo uso en el invierno y sólo para dormir.

YAYO: Ahí tienes, todavía te sirve. Tu mamá hacía milagros... ah cómo nos hace falta.

EMILIO: Pues no parece.

YAYO: No seas irrespetuoso, ¿no la extrañas?

EMILIO: Maldito viejo, me está provocando otra vez, se está haciendo el tonto, como si no hubiera sido lo suficientemente descarado como para no darme cuenta lo que hizo anoche con Irma.

EMILIO: Digo que no parece por ti, parece que te llevas demasiado bien con la enfermera, eso sí que no le gustaría a mamá, se ve que tú eres el que no la extraña.

EMILIO: Lo dije, lo dije, lo dije, lo dije...

YAYO: Ah, es eso, no te preocupes, no es nada, ella es muy buena, y hay veces que necesito algo... un abrazo, estar cerca de alguien...

EMILIO: No sabía que era otra cosa además de enfermera.

YAYO: Estás más imbécil que de costumbre. Tú sabes que Irma es una buena mujer.

EMILIO: Ya, ya... mejor me callo, hablé de más, demasiado, demasiado.

YAYO: Mejor así, que se calle, ¿cómo explicarle a él lo que yo mismo no entiendo?

EMILIO: Una buena mujer, una buena mujer que primero está enamorada de mí y luego de mi papá. Me acostumbré a la rutina de su presencia, a recibirla en casa, a facilitarle su estancia, pagarle su cheque semanal, recibir la lista de cosas que papá necesitaba para comprarle. Permití que soñara conmigo... y pasó lo del camión, después de años de desearlo, animada por el alcohol, por la proximidad de los asientos, me besó, y eso creo que nos hizo algo más que patrón y trabajadora, porque sé que ella siente algo por mí. ¿El viejo le estará pagando para que se deje tocar? ¿La presionará de alguna forma? Irma es una buena mujer a la que no entiendo.

YAYO: Ve a buscarla.

EMILIO: ¿Qué?

YAYO: Ve por Irma, ya se tardó mucho.

EMILIO: No, digo, no sé a dónde ir.

YAYO: A Los Coras, dijo que iba a verse con el Taita ahí.

EMILIO: Yo creo que ya no tarda.

EMILIO: No quiero ver a toda esa gente, no quiero ver a Irma, ¿Qué le digo? Tendría que darle una explicación de porque fui a buscarla, va a pensar que la quiero, o que la estoy cuidando como si fuera su esposo, bueno, ella me besó, ¿no?

YAYO: Voy yo entonces.

EMILIO: No, cómo crees, Yayo, es muy tarde, está muy oscuro.

YAYO: Si no vas tú, voy yo.

EMILIO: Eres un viejo terco, muy terco.

YAYO: Se levanta y se va; rezongará todo el camino, ya lo sé. Lo único que tiene es miedo. Nació con miedo hacia todo, principalmente hacia sí mismo. Nunca se ha atrevido a nada, caminó hasta los cuatro años, justo cuando se le empezó a entender lo que decía. Hasta en las filas para romper la piñata, él nunca pedía ser el primero, se escondía detrás, y se sentía mejor si no le tocaba turno. Cuando se murió su mamá, no lloró para nada, ni en el hospital, ni en el velorio, ni en el entierro. Una de sus tías dijo que era muy valiente por aguantarse, pero en realidad yo sé que no quería que lo vieran llorar en público. No sé si la lloró escondido en su habitación, supongo que sí, a menos que haya tenido miedo de escucharse a sí mismo, también es posible. Aquí viene, se le ve descompuesto, como siempre que ve a más personas.

EMILIO: No es justo, no es justo.

YAYO: ¿Qué pasó?

EMILIO: Nada.

YAYO: ¿Cómo que nada?

EMILIO: Le puede dar estrés si le digo, bueno, a mí ya me dio estrés, es que no es justo.

YAYO: ¿Te vas a quedar callado?

EMILIO: Es que no es justo.

YAYO: ¿Qué no es justo?

EMILIO: Es que... nada.

YAYO: No me hagas sacarte las palabras como cuando eras niño.

EMILIO: ¿Por qué tienes que hablar de cuando era niño?

YAYO: Bueno, pues, no hablo de eso, ¿qué pasó con Irma?

EMILIO: Es que, la vi en el restaurantito ese, Los Coras, es un tugurio, bueno, ni eso, una salón en obra negra con música eso es todo. Y la vi con el shamán... ¡estaban bailando y luego se besaron!, ya lo dije.

YAYO: ¿Y consiguió que me atendiera antes?

EMILIO: No sé, no iba a hablar con ella después de lo que vi, es que, no es justo.

YAYO: Olvídate de pensar que este mundo es justo. Si piensas en eso te vas a llevar una desilusión tras otra, en serio, Emilio, te lo digo de corazón... pinche Irma, ¿y se besó así formal o como de agasajo en la boca.

EMILIO: Así.

YAYO: ¿De agasajo?

EMILIO: Voy a buscar a una enfermera cuando regresemos, de verdad no es justo.

YAYO: La vida no es justa, hijito, simplemente es.

EMILIO: Pues no debería de ser así.

YAYO: Pues no, pero es. Tal vez pensamos así porque de chicos nos premiaban si hacíamos algo bien, o nos pegaban si hacíamos algo mal.

EMILIO: Tú nunca nos premiaste, y sí nos pegabas.

YAYO: Por eso digo, pinche vida, es bien injusta. Aunque Si lo ves por el otro lado, ya tengo más de setenta años, la pinche enfermedad me va a matar pronto, pero que tal si alguien como tú se muere en un accidente a los cuarenta y cinco años o a los cincuenta, yo salgo ganando, ¿no?, salgo ganando ante muchas personas que se fueron antes, así que no soy el más jodido del mundo. Ah, y ni te pongas a pensar que te vas a morir, fueron sólo palabras, ¿eh?, para que no tengas miedo.

Las manos del shamán y otras manos

IRMA: Será hombre de campo, será muy mago, pero después de estar con Marcelo, me pasó lo mismo que en todas mis relaciones anteriores de una noche con gente de ciudad, con médicos y científicos: contenta de cuerpo, pero insatisfecha a nivel emocional, o como diría Marcelo, a nivel espiritual. Tanto el shamán como los otros hombres sólo querían vaciarse en mí, no voy a hacerme la inocente que no sabía eso, porque yo quería que se vaciaran en mí, pero siempre al terminar de hacerlo rico, apresurado, sucio o tierno, me siento liberada de sexo, bien, ya lo hice, ya se me quitó el antojo, bien, ahora a seguir viviendo, a hablar con otras personas que están interesadas en algo más que mis pechos, como este Marcelo que vaya que tenía fijación con las chichis. “Somos almas parecidas, tenemos la misma aura”, sí cómo no; inventó amabilidades al estilo de los demás, muy de su campo, eso sí, pero puro invento. Lo malo es que cuando una trae ganas le entra al jueguito ese de creerse los halagos. Bueno, ya me lo eché, lo disfruté, terminemos con esto.

IRMA: Así pensaba luego de pasar la noche con Marcelo, el más oloroso de los amantes que he tenido, ni hablar. En la mañana tenía una cruda terrible, me dolía la cabeza, tenía náuseas. Cuando regresé, vi a don Yayo y a Emilio ahí acostados, durmiendo en las piedras, me dieron mucha ternura, sentí que tenían que ser protegidos, acababa de tener

una noche de sexo, y aun así les hubiera hecho un favor sexual, no para complacerme a mí, sino para que se sintieran mejor cada uno de ellos, en lugar de eso, les llevé unas gorditas calientitas para el desayuno, y les dije que el shamán atendería a don Yayo a las diez de la mañana.

YAYO: Antes de entrar me pidieron que hiciera una donación, le dejé dos mil pesos al Taita, algo así como el total de cuatro visitas a mi doctor especialista. En un cuartucho maloliente, el shamán me echó humo de un incensario, me pidió que me sentara en un tronco, ahí me escupió tres veces, estaba tibio ese líquido y sabía muy amargo. Luego se puso a bailar alrededor de mí, bailaba raro, terminó de dar unas vueltas y me masajéó, bueno, yo digo que fue como un masaje, porque me magulló de la cabeza a la panza. Hasta que se vomitó en una taza, dijo que me había sacado “una cosa podrida”, volvió a vomitar, me echó su humo y me dio una palmada en la cabeza. Me dijo que alguien me había hecho un trabajo de los malos, así que yo estaba sufriendo por ello, pero además que yo mismo había cooperado para enfermarme, que en lugar de hacerle caso a los espíritus buenos que me rodeaban, le había hecho caso al que me había hecho el trabajo, que era alguien que me odiaba, y yo me había ido con su odio hacia abajo, haciéndolo que germinara en mí porque sólo tuve atención para eso malo, podrido, que tenía en mi cuerpo. Y eso fue todo, me bendijo o algo así y me dijo:

SHAMÁN: Tienes que decirle a la enfermera que te traiga una vez al mes para que siga sacándote lo podrido, tienes un trabajo muy feo en ti. Por ahora vas a estar bien, lo único que tienes que hacer en tu casa es acercarte a los espíritus buenos, deja de invocar a los malos, deja de buscarlos.

YAYO: Luego me pidió que saliera. Me hubiera gustado decir que vi a un ángel curándome, o que diosito mismo se me apareció, pero nada, sólo se me quedaron grabadas las manotas del Taita Marcelo, grabadas en mi piel, me dejó unos verdugones

muy feos, todavía los siento. Lo que sí me pasó fue que me acordé otra vez de la cara de Emilio cuando se quedó sin sus gallinas, no sé por qué se me quedó grabada esa carita de confusión, o de quién sabe qué, supe que el niño no sabía qué hacer con las gallinas, o qué hacer con él mismo, ¿Qué hacer, carajo? Emilio ha sido muy sabio desde pequeño, alguien nos metió aquí en la vida, y uno se va poniendo misiones en ella, que si soy doctor, que si soy ladrón, que si soy buen o mal esposo, en fin, pero lo cierto es que estamos aquí y no hay ningún sentido para ello, sólo el que cada quien cree que le pone, y pocos se dan cuenta de eso; Emilio siempre lo supo, yo hasta ahora traigo cara de ladrón de gallinas, de pendejo, pues, sin saber ni un carajo para qué estoy aquí realmente.

IRMA: Tal vez le haga bien a don Yayo, digo, para motivarlo.

EMILIO: Todavía tiene el descaro de hablarme del mago ese.

IRMA: No puso su cara de extravío, más bien la puso de contrariedad, igual que cuando su papá molesta de más, igual que cuando se me cayó aquella sopa de pasta en la colcha nueva. Me enoja, de verdad me enoja que ponga esa cara, y más que me la ponga a mí.

IRMA: ¿Puedo preguntarle algo aunque sea un asunto indiscreto?

EMILIO: ¿Eh?

IRMA: ¿Puedo dejar a un lado las relaciones públicas que he mantenido con usted por años?

EMILIO: ¿Relaciones públicas?

IRMA: ¿Puedo hablarle de verdad sin que con eso se vea afectado mi trabajo como enfermera de su papá?

EMILIO: Ni modo que le diga que no.

EMILIO: Creo que sí.

IRMA: Gracias. ¿Por qué tiene esa cara de enojo contra mí?, desde que llegué en la

mañana siento que está molesto conmigo.

EMILIO: No, no es nada.

IRMA: Ya conseguí que el shamán atendiera a Yayo, nos vamos a ir antes del medio día, ¿no es eso lo que quería?

EMILIO: Sí.

IRMA: Entonces... entonces ¿por qué pones esa cara de mierda, Emilio?, perdón que te hable de tú, te conozco de hace más de cuatro años, así que te puedo hablar de tú al menos ahora que me diste permiso de que te hablara sin formalismos, ¿verdad que puedo hablarte de tú?

EMILIO: Pues... sí.

IRMA: ¿Y cómo no iba a hablarte de tú si he convivido contigo día y noche todos estos años? Sé lo que comes de desayuno, de comida y cena, sé cómo te gustan los huevos, yo te he preparado varios, muchos. Sé que cumples con tus horarios, que no te gusta que nada se salga de tu propio itinerario, sé que quieres a tu papá aunque todo el día te quejes de él. Sé que eres el hijo de don Yayo que más vale la pena, porque tus otros hermanos, empezando por Nachita, sólo están esperando para ver cómo se reparten la casa. Sé cuando algo no te gusta o cuando algo te complace. Me di cuenta al poco tiempo que te sentías bien si llegaba a cierta hora, lo veía en tu cara, en tus ademanes, en tu forma de caminar, de mover las manos. Aprendí a reconocer lo que era bueno o malo para ti, y lo supe no porque me lo dijeras, sino porque lo observé en ti, he cuidado a tu papá todo este tiempo, pero eso me ha permitido observarte, convivir contigo sin que te des cuenta. Sé que en navidad no te gusta abrazar de verdad a las personas, apenas te acercas un poco, haces la mecánica del abrazo, pero no abrazas de verdad. Eres muy débil, Emilio, y no sé por qué, pero eso me gusta. Odio la música instrumental que te gusta, parece música ambiental de Wall mart. Vaya, hasta sé a qué huelen tus

desechos, sólo hay un baño en tu casa, lo siento, pero yo también he tenido que usarlo.
Y podría decirte mucho más sobre las cosas que sé de ti, así que dime, en confianza,
¿por qué tienes esa cara en contra mía?

EMILIO: Ay, ay, ay, ¿qué digo?

IRMA: Y no creas que voy a permitir que te quedes callado, esa es tu arma para
evadirte, de mí no te escapas, contéstame.

EMILIO: Es que... te vi...

IRMA: ¿Qué?

EMILIO: Vamos, vamos, vamos...

EMILIO: Te vi besándote con el tipo ese.

IRMA: ¿Es eso? ¿Me viste y por eso me pones esa cara de perro?

EMILIO: Creo que sí, no sabía que la tenía así, la cara, digo...

IRMA: Entonces te importo aunque sea un poco. ¿Sí?

EMILIO: Por favor, Irma, no debemos...

IRMA: No, no, tú también háblame de tú, porque si yo te conozco como te dije, tú me
conoces igual. Te importo aunque sea un poco, dímelo.

EMILIO: Nos están viendo, nos están viendo, nos están oyendo. ¿Qué van a pensar?

IRMA: Contesta.

EMILIO: Es que, aquí no.

IRMA: ¿Sabes cuál es tu problema?, bueno, no, ¿sabes cuál es uno de tus muchos
problemas?, que crees que todo el mundo te está viendo, crees que eres tan importante
que todos están al pendiente de lo que dices y haces. No haces ni dices nada a menos
que estés seguro que es lo correcto para no llamar la atención de los demás. Antes que
tu propia opinión, está la opinión de los demás. Te interesa al nivel de la locura lo que
los otros opinan de ti. ¿Verdad?

EMILIO: No, es que...

IRMA: Claro que sí, no quieres llamar la atención, crees que todos están al pendiente de tus actos, y por eso debes permanecer escondido, pero ¿sabes una cosa?, ¡tu vida no le interesa ni a un alma! Y no, ¡no me hagas gestos para que me calle!, nadie te ve, eres anónimo, como cualquier otra persona en el mundo y más; si vas por la calle, no le importas a nadie, no importa cómo comas en un restaurante, como camines, lo que digas, hables, a nadie le importa. Nadie está siguiendo cada uno de tus movimientos, ¡nadie! A la sociedad, Emilio le vale madre. Ya no te preocupes por lo que dicen de ti, porque, Emilio, no dicen nada de ti.

EMILIO: Nos van a oír.

IRMA: La única persona que te ha visto y escuchado en estos últimos años, soy yo, ya te lo dije, no te preocupes por los demás, soy la única que te ve, que te oye, que sabe lo que significa el ritmo de tu respiración, que hasta sabe lo que estás pensando. Soy la única, Emilio... ya lo sé, no te atreves a responderme, lo sé, te conozco muy bien, te gusta meterte en ti mismo, ahí estás seguro porque no tienes nada que arriesgar. Bueno, ya. Dije lo que tenía que decir, le agradezco que me haya permitido descargarme, le pido una disculpa, no volverá a pasar.

EMILIO: Se va, se va, se está yendo...

EMILIO: Espera, Irma... es que... estás equivocada...

IRMA: ¿En qué?

EMILIO: Sí me he dado cuenta ... que estás aquí.

YAYO: Estoy listo, el diablo se me salió por algún orificio del cuerpo, me ardieron mis hemorroides.

EMILIO: No hables así, papá.

IRMA: ¿Se siente bien?

YAYO: Muy cansado, ya me pegó el viajecito, y se supone que tengo que venir hasta acá una vez al mes.

EMILIO: Estás loco.

IRMA: ¿Eso dijo el shamán?

YAYO: Sí, mi enfermedad ha resultado un buen negocio para muchos.

EMILIO: No sé cómo, pero voy a conseguir transporte para salir de aquí.

Regreso

EMILIO: Está bien, papá, nos van a dar un aventón en la caja de un camión de redilas, apesta, pero va a ser mejor que caminar.

IRMA: En Serio que nunca le creí a lo que me contaron del programa de televisión, pasan cualquier cosa para llamar la atención, para ganar dinero. Subimos al camión de redilas, fue el peor de todos los transportes que tomamos en ese viaje, pero fue con el que menos se quejó Emilio, de hecho él mismo lo consiguió y nos apuró para que nos subiéramos. Vi a don Yayo cansado, hasta desmejorado, pensé que tal vez no había sido tan buena idea ir hasta allá con Marcelo, el nalgas lindas, el manos grandes, el oloroso y espiritual Marcelo que tenía fijación con mis pechos. Ni siquiera en el aspecto psicológico le dio ánimos a don Yayo. Tal vez es mentira eso que estoy muy segura a mis cincuenta años, y lo digo porque no entendí qué pasó en don Yayo después de ese viaje, como que se dejó de agarrar de la vida, ya estaba muy enfermo, pero se mantenía por su propia voluntad, eso que los médicos todavía no entienden, la decisión del cerebro, de la voluntad o del alma, como diría Marcelo, de seguir aquí. Eso lo perdió Yayo, murió un mes después; la verdad ni siquiera lo presentí cuando emprendimos el viaje de regreso en ese camión. Duele todavía.

IRMA: De regreso todavía siento la sensación de las manazas de Marcelo estrujándome los senos, la espalda, la cintura; es una sensación tan fuerte como el alivio de pecho, de

tripas que sentí al hablar con Emilio. Es bueno regresar, don Yayo tiene que descansar y también Emilio, este viaje lo estaba volviendo loco, y con todo lo que le dije... se sorprendió, sé que se sorprendió, y yo me sentí liberada.

YAYO: Es bueno regresar, necesito estar en mi casa. Tengo decisiones importantes que tomar, y una de ellas es dormir en mi cama.

YAYO: Emilio, tengo que decirte algo.

EMILIO: Aquí estoy, papá, ¿quieres ir al baño? ¿Quieres que el chofer se pare? ¿No puedes esperar?

YAYO: Cállate, tarado, déjame hablar. Sólo quiero decirte que ya no te voy a decir nada de las gallinas que te robaste.

EMILIO: ¡Yo no me las robé!

YAYO: Por eso digo, ya no te lo voy a recordar, ya te entendí, siempre has estado así porque no entiendes nada, y tienes razón, aquí estamos para preguntar, no para responder; para mí se acabaron las gallinas, caso cerrado.

EMILIO: Vámonos, vámonos de ese pueblo espantoso, alejémonos del shamán que besa a Irma, de toda esta locura. Este camión está sucio, pensé que el aire libre nos iba a venir bien, pero cuál aire libre, sólo estamos respirando polvo, voy a terminar con una infección, eso es seguro.

YAYO: Caso cerrado, para qué digo más si ya saben que me morí un mes después de estar sentado aquí en esta caja de camión. Tampoco sientan compasión, yo ya quería descansar, la verdad es que se me acabaron las ganas de estar averiguando para qué sirve la vida, se me acabaron ahí con el Taita, ya para qué buscarle; además, no la chinguen, no soy ningún pobre diablo para que me vean con lástima.

IRMA: El viaje de regreso siempre se hace más rápido; aunque ahora, no sé por qué, pero me parece que nos estamos tardando demasiado, este camión es muy lento. Puedo

sentir que Emilio quiere decirme algo, está aprensivo, con los músculos de las piernas tensos, estira el cuello, me mira de reojo, y respira un poco más fuerte. De verdad que lo conozco muy bien.

EMILIO: ¿Cuánto será?, ¿diez, quince centímetros a lo mucho?, con un movimiento simple de mi mano, pretextando el paso del camión por un bache, podría alcanzarla, tal vez si... ¿y si se molesta?, ¿si no responde y se suelta?, me diría, con razón, que soy un mal educado, un atrevido... creo que sí son sólo diez centímetros...

IRMA: Fue un movimiento torpe, sorpresivo, esperaba que Emilio me dijera algo, pero en lugar de eso, tomó mi mano, estuve a punto de soltarme, pensando por él, para que no sintiera que había hecho algo malo, pero así nos quedamos, agarrados de la mano el resto del viaje en ese camión de redilas. Me sentí bien, se sintió bien su mano, la necesitaba, estaba cálida, un poco sudada, pero me transmitía calor. Pensé que cuando llegáramos a casa las cosas iban a transcurrir más rápido de lo que hubiera creído, Emilio al fin mostraba algo de decisión, su mano en la mía así lo demostraba. Pero, no se atrevió a hablar nada acerca de nuestro beso, ni de que nos tomamos de la mano; después que murió don Yayo, nos distanciamos, yo no tenía ya nada que hacer en su casa, así que dejé de ir. Hasta hace unos me habló, estaba nervioso, la voz se le oía entrecortada seguramente se la pasó varios días, semanas, pensando en cómo hacerle para que nos siguiéramos viendo.

EMILIO: Eee... Irma, me da gusto saludarla.

IRMA: Ya nos hablábamos de tú, y otra vez insistió en ser impersonal, en hablarme de usted, ese era un retroceso evidente.

EMILIO: Estaba pensando que, la habitación de mi padre sigue igual que como él la dejó... y me atreví a llamarla para... porque... porque usted lo conoció muy bien en sus últimos días, bueno, años, y él le tenía... mucho aprecio... y yo sé que usted sabía de

ese aprecio y además lo que le gustaba a mi padre, así que pensé que podría ayudarme a ordenar las pertenencias de mi padre, dejar aquí sólo las más queridas de él, y regalar el resto, Sé que usted podrá separar las que eran más queridas para él... claro que su sueldo de enfermera está asegurado, y si se requiere algo más, no habrá ningún problema. No sé si la he importunado... si no le parece, no se preocupe, la entiendo, no habrá problema si no le parece...

IRMA: Repitió eso de “si no le parece” unas cuatro veces más. Yo finalmente accedí, le dije que estaba bien, que haría ese trabajo con gusto. Así que he asistido a la casa de Emilio en las últimas semanas, él me recibe como antes, cuando estaba su papá, sólo cruzamos unas cuantas palabras y después se despide de mí con todo formalismo. No sé si esperar a que Emilio se anime a que dé el siguiente paso, seguramente está haciendo todo tipo de planes y estrategias en su cabeza, contradiciéndose una y otra vez hasta que logre el valor suficiente como para hablar conmigo. Lo voy a tener que ayudar un poco, lo necesita, lo necesitamos, no sé si lo logre, falta tiempo, más tiempo de lo que dura este encuentro con ustedes. Por eso me gusta recordar ese viaje, ese momento en el que tomó mi mano, y yo me sentí bien con ella, ahí, en ese sucio camión de redilas, en ese momento en el que don Yayo estaba con nosotros. En mi piel todavía no se borraban los apretones del shamán, y Emilio y yo nos tomábamos de la mano, tenía esperanzas de que íbamos a lograr algo más... y estábamos de regreso, regresábamos a casa, lo que fuera que eso significara.

